

Los españoles
desalojados de
Falset.

proyectadas por la division española alojada en Falset, ó por lo ménos las apoyaba, habia ya determinado Suchet, tanto para escarmentarla, cuanto para facilitar la aproximacion del 7.º cuerpo, al que siempre aguardaba, atacar á los españoles en aquel puesto. Verificólo así el 19 de noviembre por medio del general Habert, quien no obstante una viva resistencia de los nuestros, regidos por el baron de La Barre, se enseñoreó del campo, y cogió 300 prisioneros, de cuyo número fué el general Garcia Navarro, si bien luego consiguió escaparse.

Movimiento de
Bassecourt.

Don Luis de Bassecourt por el lado de Valencia tambien tentó molestar á los franceses, y aun divertirlos del sitio de Tortosa. En la noche del 25 de noviembre partió de Peñíscola la vuelta de Uldecona con 8000 infantes y 800 caballos, distribuidos en tres columnas: la del centro la mandaba el mismo Bassecourt; la de la derecha que se dirigia camino de Alcanar, Don Antonio Porta, y la de la izquierda Don Melchor Alvarez. Al llegar el primero cerca de Uldecona perdió tiempo aguardando á Porta; pero impaciente, ordenó al fin que avansasen guerrillas de infantería y caballería, y que al oír cierta señal atacasen. Hizose así, sustentando Bassecourt la acometida por el centro con el grueso de los ginetes, y por los flancos con los peones. Hasta tercera vez insistieron los nuestros en su empeño, en cuya ocasion no descubriéndose todavía ni á Porta ni á Don Melchor Alvarez, tuvieron que cejar con quebranto, en especial el escuadron de la

Accion de
Uldecona.

Reina, cuyo coronel Don José Velarde quedó prisionero. Bassecourt se retiró por escalones y en bastante orden hasta Vinaroz, donde se le juntó D. Antonio Porta. Los franceses vinieron luego encima habiendo juntado todas sus fuerzas el general Musnier que los mandaba, con lo que los nuestros, ya desanimados, se dispersaron. Recogióse Bassecourt á Peñíscola, en donde se volvió á reunir su gente, y llegó noticia de haberse mantenido salva la izquierda que capitaneaba Don Melchor Alvarez, ya que no acudiese con puntualidad al sitio que se le señalara. Corta fué de ambos lados la pérdida; los prisioneros por el nuestro bastantes, aunque despues se fugaron muchos. Achacóse en parte la culpa de este descalabro á la lentitud de Porta: otros pensaron que Bassecourt no habia calculado convenientemente los tropiezos que en la marcha encontrarian las columnas de la derecha é izquierda.

Al mismo tiempo que se avanzó hácia Uldecona, dió la vela de Peñíscola una flotilla con intento de atacar los puestos franceses de la Rápita y los Alfaques; mas estando sobre aviso el general Harispe, que habia sucedido en el mando de la division á Laval, muerto de enfermedad, tomó sus precauciones, y estorbó el desembarco.

Se acercaba en tanto el dia en que Macdonald, despues de largo esperar, ayudase de veras á la completa formalizacion del sitio de Tortosa. Permittedo el haber podido meter en Barcelona el convoy que insinuamos fué á buscar via del Ampur-

Macdonald socorre á Barcelona y se acerca á Tortosa.

dan. Aseguradas de este modo por algun tiempo las subsistencias en dicha plaza, dejó en ella 6000 hombres; 14,000 á las órdenes del general Baraguey D'Hilliers en Gerona y Figueras, de que la mayor parte quedaba disponible para guerrear en el campo y mantener las comunicaciones con Francia, y con 15,000 restantes marchó el mismo Macdonald la vuelta del Ebro, entrando en Mora el 13 de diciembre. Concertáronse él y Suchet, y sentando este en Jerta su cuartel general, ocupó el otro los puestos que ántes cubria la division de Habert, y se dió principio á llevar con rapidez los trabajos del sitio de Tortosa, del que hablaremos en uno de los próximos libros.

Formaliza el sitio Suchet.

A la propia sazón el ejército español de Cataluña, dejando una division que observase el Llobregat, y continuando el Ampurdan al cuidado del baron de Eroles, se colocó en su mayor parte frente á Macdonald en figura de arco al rededor de Lent, y apoyada la derecha en Montblanc. Faltóle luego el brazo activo y vigoroso de Don Enrique Odonnell, quien debilitado á causa de su herida, empeorada con los cuidados, tuvo que embarcarse para Mallorca ántes de acabar diciembre, recayendo el mando interinamente, como mas antiguo, en Don Miguel de Iranzo.

Deja Odonnell el mando.

Por la relacion que acabamos de hacer de las operaciones militares de estos meses en Cataluña, Aragon y Valencia, harto enmarañadas, y quizá enojosas por su menudencia, habrá visto el lector co-

mó á pesar de haber escaseado en ellas trabazon y concierto, fueron para el enemigo incómodas y omínicas; pues desde principio de julio que embistió á Tortosa no pudo hasta diciembre formalizar el sitio. Nuevo ejemplo de lo que son estas guerras. Sesenta mil franceses, no obstante los yerros y la mala inteligencia de nuestros gefes, nada adelantaron por aquella parte durante varios meses en la conquista, estrellándose sus esfuerzos contra el trol de refriegas, y pertinacia de los pueblos.

En el riñon de España, junto con las provincias Vascongadas y Navarra, se aumentaban las partidas, y en este año de 10 llegaron á formar algunas de ellas cuerpos numerosos y mejor disciplinados; pues en tales lides, como decia Fernando del Pulgar, „crece el corazon con las hazañas, y las hazañas con la gente, y la gente con el interes.” Proseguian tambien allí en algunos parages gobernando las juntas, las cuales, sin asiento fijo, mudaban de morada segun la suerte de las armas, y ya se embreñaban en elevadas sierras, ó ya se guarecian en recónditos yermos. La regencia de Cádiz nombraba á veces generales que tuviesen bajo su mando los diversos guerrilleros de un determinado distrito, ó ensalzaba á los que de entre ellos mismos sobresalian, autorizándolos con grados y comandancias superiores. Igualmente envió intendentes ú otros empleados de hacienda que recaudasen las contribuciones, y llevasen en lo posible la correspondiente cuenta y razon, invirtiéndose los produc-

Partidas en lo interior de España.

tos en las atenciones de los respectivos territorios. Y si no se estableció en todas partes entero y cumplido orden, incompatible con las circunstancias y la presencia del enemigo, por lo ménos adoptóse un género de gobernacion que, aunque llevaba visos de solo concertado desórden, remedió ciertos males, evitó otros, y mantuvo siempre viva la llama de la insurreccion.

No poco por su lado contribuian los franceses al propio fin. Sus extorsiones pasaban la raya de lo hostigoso é inicuo. Vivian en general de pesadísimas derramas y de escandaloso pillage, cuyos excesos producian en los pueblos venganzas, y estas crueles y sanguinarias medidas del enemigo. Los alcaldes de los pueblos, los curas párrocos, los sujetos distinguidos, sin reparar en edad ni aun en sexo, tenian que responder de la tranquilidad pública, y con frecuencia, so pretexto de que se conservaban relaciones con los partidarios, se los metia en duras prisiones, se los extrañaba á Francia, ó eran atropelladamente arcabuceados. ¡Qué pábulo no daban tales arbitrariedades y demasías al acrecentamiento de las guerrillas!

Asaltados por ellas en todos lugares, tuvieron los enemigos que establecer de trecho en trecho puestos fortificados, valiéndose de antiguos castillos de moros, ó de conventos y casas-palacios. Por este medio aseguraban sus caminos militares, la línea de sus operaciones, y formaban depósitos de víveres y aprestos de guerra. Su dominio no se extendia ge-

neralmente fuera del recinto fortalecido, teniendo á veces que oír, mal de su grado y sin poder estorbarlo, las jácaras patrióticas que en su derredor venian á entonar con los habitantes los atrevidos partidarios.

Al viajante presentaban por lo comun aquellos caminos triste y desoladora vista: pueblos desiertos, arruinados, continua soledad que interrumpian de tarde en tarde escoltados convoyes, ó la aparicion de los puestos franceses, cuyos soldados recelosamente salian de entre sus empalizadas: resultas precisas, pero lastimosas, de tan cruda y bárbara guerra.

Conservar de este modo las comunicaciones exigia de los franceses suma vigilancia y mucha gente. Así en las provincias de que vamos hablando, nada ménos contaban que unos 70,000 hombres, 24,000 en Madrid, y lo restante de Castilla la Nueva. En la Vieja ademas de Segovia y Avila, y de otros puntos de inmediato enlace con las operaciones de Portugal y Asturias, habia en Valladolid de 6 á 7000 hombres, y 10,000 en Burgos, Soria y sus contornos: 7000 se esparcian por Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, y 22,000 se alojaban en Navarra. Distribuíase toda esta gente en columnas móviles, ó se juntaba, segun los casos, en cuerpos mas numerosos y compactos.

En órden á los partidarios, causadores de tanto afan, no nos es dado hacer de todos particular especificacion, y ménos de sus hechos, como agena

de una historia general. Subia á 200 la cuenta de los caudillos mas conocidos, apareciendo y desapareciendo otros muchos con las oleadas de los sucesos.

Los que andaban cerca de los ejércitos en la circunferencia peninsular, y de que ya hemos hablado, permanecian mas fijos en sus respectivos lugares, como dependientes de cuerpos reglados. Los que ahora nos ocupan, si bien de preferencia tenian, digámoslo así, determinada vivienda, trasladábanse de una provincia á otra al son de las alternativas y vueltas de la guerra, ó segun el cebo que ofrecia alguna lucrativa ó gloriosa empresa.

En Andalucía.

En Andalucía, aparte de las guerrillas nombradas y que recorrían las sierras de Granada y Ronda, diéronse á conocer bastante las de Don Pedro Zaldivia, Don Juan Mármol y Don Juan Lorenzo Rey, habiendo una que apellidaron del Mantequero metídose en el barrio de Triana un dia de los del mes de septiembre con gran sobresalto de los franceses de Sevilla.

En Castilla la Nueva.

Continuaban en la Mancha haciendo sus excursiones Francisquete y los ya insinuados en otro libro. Oyéronse ahora los nombres de Don Miguel Díaz y de Don Juan Antonio Orobio, juntamente con los de Don Francisco Abad y Don Manuel Pastrana, el primero bajo el mote de Chaleco, y el último bajo el de Chambergo. Usanza esta general entre el vulgo, no olvidada ahora con caudillos que

por la mayor parte salian de las honradas pero humildes clases del pueblo.

Apareció en la provincia de Toledo Don Juan Palarea, médico de Villaluenga, y en la misma murió el famoso partidario Don Ventura Jimenez de resultas de heridas recibidas el 17 de junio en un empeñado choque junto al puente de San Martin. Igual y gloriosa suerte cupo á Don Toribio Bustamante, alias el Caracol, que recorría aquella provincia y la de Extremadura. Tomó las armas despues de la batalla de Rioseco, en donde era administrador de correos, para vengar la muerte de su muger y de un tierno hijo que perecieron á manos de los franceses en el saco de aquella ciudad. Finó el 2 de agosto lidiando en el puerto de Mirabete.

En las cercanías de Madrid hervian las partidas á pesar de las fuerzas respetables que custodiaban la capital; bien es verdad que dentro tenia la causa nacional firmes parciales, y auxilios, y pertrechos, y hasta insignias honoríficas recibian de su adhesion y afecto los caudillos de las guerrillas.

Don Juan Martin (el Empecinado), que por lo comun peleaba en la provincia vecina de Guadalajara, era á quien especialmente se dirigian los envios y obsequiosos rendimientos. Cuerpos suyos destacados rondaban á menudo no léjos de Madrid, y el 13 de julio hasta se metieron en la Casa de Campo tan inmediata á la capital y sitio de recreo de José. A tal punto inquietaban estos rebatos á los enemigos, y tanto se multiplicaban, que el conde

de Laforest, embajador de Napoleon cerca de su hermano, despues de hablar en un pliego escrito en 5 de julio al ministro Champagny de que las „sorpresas que hacian las cuadrillas españolas de los „puestos militares, de los convoyes y correos, eran „cada dia mas frecuentes,” añadía: „Que en Madrid nadie se podia sin riesgo alejar de sus tapias.”

Mirando los franceses al Empecinado como principal promovedor de tales acometidas, quisieron destruirle, y ya en la primavera habian destacado contra él á las órdenes del general Hugo una columna volante de 3000 infantes y caballos, en cuyo número habia españoles de los enregimentados por José; pero que comúnmente solo sirvieron para engrosar las filas del Empecinado.

El general Hugo, aunque al principio alcanzó ventajas, creyó oportuno para apoyar sus movimientos fortalecer en fines de junio á Brihuega y Sigüenza. No tardó el Empecinado en atacar á esta ciudad, constando ya su fuerza de 600 infantes y 400 caballos. Se agregó á él con 100 hombres Don Francisco de Palafox que vimos ántes en Alcañiz, y que luego pasó á Mallorca donde murió. Juntos ambos caudillos obligaron á los franceses á encerrarse en el castillo, y entraron en la ciudad. Abandonáronla pronto. Mas desde entónces el Empecinado no cesó de amenazar á los franceses en todos los puntos, y de molestarlos marchando y contramarchando; y ora se presentaba en Guadala-

ra, ora delante de Sigüenza, y ora en fin cruzaba el Jarama y ponía en cuidado hasta la misma corte de José.

Serviale de poco á Hugo su diligencia; pues Don Juan Martin si se veia acosado, presto á desparcir su gente, juntábala en otras provincias, é iba hasta las de Burgos y Soria, de donde tambien venian á veces en su ayuda Tapia y Merino.

El 18 de agosto trabó en Cifuentes, partido de Guadalaajara, una porfiada refriega; y aunque de resultas tuvo que retirarse, apareció otra vez el 24 en Mirabueno, y sorprendió una columna enemiga cogiéndole bastantes prisioneros. Volvió en 14 de septiembre á empeñar otra accion tambien reñida en el mismo Cifuentes, la cual duró todo el dia, y los franceses despues de poner fuego á la villa se recogieron á Brihuega.

Ascendió en octubre la fuerza del Empecinado á 600 caballos y 1500 infantes, con lo que pudo destacar partidas á Castilla la Vieja y otros lugares, no solo para pelear contra los franceses, sino tambien para someter algunas guerrillas españolas que, so color de patriotismo, oprimian los pueblos y dejaban tranquilos á los enemigos.

No le estorbó esta maniobra hostilizar al general Hugo, y el 18 de octubre escarmentó á algunas de sus tropas en las Cantarillas de Fuentes, apresando parte de un convoy.

Con tan repetidos ataques desflaquecia la columna del general Hugo, y menester fué que le envia-

sen de Madrid refuerzos. Luego que se le juntaron se dirigió á Humanes, y allí en 7 de diciembre escribió al Empecinado ofreciéndole para él y sus soldados servicio y mercedes bajo el gobierno de José. Replicó el español briosamente y como honrado, de lo cual enfadado Hugo cerró con los nuestros dos dias despues en Cogolludo, teniendo el gefe español que retirarse á Atienza sin que por eso se desalentase; pues á poco se dirigió á Jadraque y recobró varios de sus prisioneros. „Tal era, dice el „general Hugo en sus memorias, la pasmosa actividad del Empecinado, tal la renovacion y aumento „de sus tropas, tales los abundantes socorros que „de todas partes le suministraban, que me veia for- „zado á ejecutar continuos movimientos.” Y mas adelante concluye con asentar: „Para la completa „conquista de la península se necesitaba acabar con „las guerrillas... Pero su destruccion presentaba „la imágen de la hidra fabulosa.” Testimonio imparcial, y que añade nuevas pruebas en favor del raro y exquisito mérito de los españoles en guerra tan extraordinaria y hazañosa.

Don Luis de Bassecourt, conforme apuntamos, mandaba en Cuenca ántes de pasar á Valencia. Entraron los franceses en aquella ciudad el 17 de junio, y hallándola desamparada cometieron excesos parecidos á los que allí deshonraron sus armas en las anteriores ocupaciones. Quemaron casas, destruyeron muebles y ornamentos, y hasta inquietaron las cenizas de los muertos desenterrando varios

cadáveres en busca, sin duda, de alhajas y soñados tesoros.

Evacuaron luego la ciudad, y en agosto sucedió á Bassecourt en el mando Don José Martinez de San Martin, que tambien de médico se habia convertido en audaz partidario. Recorria la tierra hasta el Tajo, en cuyas orillas escarmentó á veces la columna volante que capitaneaba en Tarancon el coronel frances Forestier.

Cundia igualmente voraz el fuego de la guerra al norte de las sierras de Guadarrama. Sosteníanse los mas de los partidarios en otro libro mencionados, y brotaron otros muchos. De ellos en Segovia Don Juan Abril, en Avila Don Camilo Gomez, en Toro Don Lorenzo Aguilar, y distinguióse en Valladolid la guerrilla de caballería, llamada de Borbon, que acaudillaba Don Tomas Príncipe.

Aquí mostrábase el general Kellermann contra los partidarios tan implacable y severo como ántes, portándose á veces ya él ó ya los subalternos harto sañudamente. Hubo un caso que aventajó á todos en esmerada crueldad. Fué pues que preso el hijo de un latonero de aquella ciudad, de edad de doce años, que llevaba pólvora á las partidas, no queriendo descubrir la persona que le enviaba, aplicáronle fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos para que con el dolor declarase lo que no queria de grado. El niño, firme en su propósito, no desplegó los labios, y conmoviéronse al ver tanta heroicidad los mismos ejecutores de la pena,

En Castilla
la Vieja,

mas no sus verdaderos y empedernidos verdugos. ¡Y quién, despues de este ejemplo y otros semejantes, solo propios de naciones feroces y de siglos bárbaros, extrañará algunos rigores y aun actos crueles de los partidarios?

Don Juan Tapia en Palencia, Don Gerónimo Merino en Burgos, Don Bartolomé Amor en la Rioja, y en Soria Don José Joaquin Duran, ya unidos, ya separadamente, peleaban en sus respectivos territorios, ó batian la campaña en otras provincias. Eligió la junta de Soria á Duran comandante general de su distrito. Siendo brigadier fué hecho prisionero en la accion de Buberca, y habiéndose luego fugado se mantenía oculto en Cascante, pueblo de su naturaleza. Resolvió dicha junta este nombramiento (que mereció en breve la aprobacion del gobierno) de resultas de un descalabro que el 6 de septiembre padecieron en Yanguas sus partidas, unidas á las de la Rioja. Causóle una columna volante enemiga que regia el general Roguet, quien inhumanamente mandó fusilar 20 soldados españoles prisioneros, despues de haberles hecho creer que les concedia la vida.

Duran se estableció en Berlanga. Su fuerza al principio no era considerable; pero aparentó de manera que el gobernador francés de Soria Duvernet si bien á la cabeza de 1600 hombres de la guardia imperial, no osó atacarle solo, y pidió auxilio al general Dorseane, residente en Burgos. Por entón-

ces ni uno ni otro se movieron, y dejaron á Duran tranquilo en Berlanga.

Tampoco pensaba este en hacer tentativa alguna hasta que su gente fuese mas numerosa, y estuviese mejor disciplinada. Pero habiéndosele presentado en diciembre los partidarios Merino y Tapia con 600 hombres, los mas de caballería, no quiso desaprovechar tan buena ocasion, y les propuso atacar á Duvernet, que á la sazón se alojaba con 600 soldados en Calatañazor, camino del Burgo de Osma. Aprobaron Merino y Tapia el pensamiento, y todos convinieron en aguardar á los franceses el 11 á su paso por Torralba. Apareció Duvernet, trabóse la pelea, y ya iba aquel de vencida, cuando de repente la caballería de Merino volvió grupa y desamparó á los infantes. Dispersáronse estos, tornaron Tapia y su compañero á sus provincias, y Duran á Berlanga, en donde sin ser molestado continuó hasta finalizar el año de 10, procurando reparar sus pérdidas y mejorar la disciplina.

Tomó á su cargo la Montaña de Santander el partidario Campillo aproximándose unas veces á Asturias, y otras á Vizcaya, mas siempre con gran detrimento del enemigo. Mereció por ello gran loa, y tambien por ser de aquellos lidiadores que sirviendo á su patria, nunca despojaron á los pueblos.

La misma fama adquirió en esta parte Don Juan de Aróstegui que acaudillaba en Vizcaya una partida considerable con el nombre de Bocamorteros. Sonaba en Alava desde principios de año Don Fran-

cisco Longa de la Puebla de Arganzon, quien en breve contó bajo su mando unos 500 hombres. Pronto rebulló tambien en Guipúzcoa Don Gaspar Jáuregui llamado el Pastor, porque soltó el cayado para empuñar la espada.

Expedicion
de Renovales
á la costa can-
tábrica.

Estas provincias vascongadas así como toda la costa cantábrica, de suma importancia para divertir al enemigo y cortarle en su raiz las comunicaciones, habian llamado particularmente la atencion del gobierno supremo, y por tanto ademas de las expediciones referidas de Porlier se idearon otras. Fué de ellas la primera una que encomendó la regencia á Don Mariano Renovales. Salió este al efecto de Cádiz, aportó á la Coruña, y hechos los preparativos dió de aquí la vela el 14 de octubre con rumbo al este. Llevaba 1200 españoles y 800 ingleses convoyados por 4 fragatas de la misma nacion, y otra de la nuestra con varios buques menores. Mandaba las fuerzas de mar el Conmodoro Mends.

Fondeó la expedicion en Gijon el 17 á tiempo que Porlier peleaba en los alrededores con los franceses; mas no pudiendo Renovales desembarcar hasta el 18, dióse lugar á que los enemigos evacuasen aquella villa, y que Porlier atacado por estos unidos á los de afuera, se alejase. Renovales se reembarcó y el 23 surgió en Santoña: vientos contrarios no le permitieron tomar tierra hasta el 28: espacio de tiempo favorable á los franceses, que acudiendo con fuerzas superiores en auxilio del pun-

to amagado, obligaron á los nuestros á desistir de su intento. Ademas la estacion avanzaba, y se podia invernizar con anuncios de temporales peligrosos en costa tan brava: por lo mismo pareciendo prudente retroceder á Galicia, aportaron los nuestros á Vivero. Allí arreciando los vientos se perdió la fragata española Magdalena y el bergantin Palomo con la mayor parte de sus tripulaciones. Grande desdicha que si en algo pendió de los malos tiempos, tambien hubo quien la atribuyese á imprevision y tardanzas.

Causó al principio desasosiego á los franceses esta expedicion que creyeron mas poderosa; pero tranquilizándose despues al verla alejada, pusieron nuevo conato, aunque inútilmente en despejar el pais de las partidas, perturbándolos en especial Don Francisco Espoz y Mina que sobresalió por su intrepidez y no interrumpidos ataques.

Navarra, Es-
poz y Mina.

A poco de la desgracia de su sobrino habia llegado bastante gente que todos los dias se aumentaba. Sin aguardar á que fuese muy numerosa, emprendió ya en abril frecuentes acometidas, y prosiguió los meses adelante atajando las escoltas, y combatiendo los alojamientos enemigos. Impacientes estos y enfurecidos del fatigoso pelear, determinaron en septiembre destruir á tan arrojado partidario. Valióse para ello el general Reille que mandaba en Navarra de las fuerzas que allí habia y de otras que iban de paso á Portugal, juntando de este modo unos 30,000 hombres.

Mina acosado para evitar el exterminio de su gente, la desparramó por diversos lugares encaminándose parte de ella á Castilla y parte á Aragon. Guardó él consigo algunos hombres; y mas desembarazado no cesó en sus ataques, si bien tuvo luego que correrse á otras provincias. Herido de gravedad, tornó despues á Navarra para curarse; creyéndose mas seguro en donde el enemigo mas le buscaba. ¡Tal y tan en su favor era la opinion de los pueblos, tanta la fidelidad es estos!

Antes de ausentarse dió en Aragon nueva forma á sus guerrillas, vueltas á reunir en número de 3000 hombres, y las repartió en tres batallones y un escuadron: confirió el mando de dos de ellos á Curuchaga y á Gorriz, gefes dignos de su confianza. La regencia de Cádiz le nombró entónces coronel y comandante general de las guerrillas de Navarra; pues estos caudillos en medio de la independenciam de que disfrutaban, hija de las circunstancias y de su posicion, aspiraban todos á que el gobierno supremo confirmase sus grados y aprobase sus hechos, reconociéndole como autoridad soberana y único medio de que se conservase buena armonía y union entre las provincias españolas.

Recobrado Mina de su herida, comenzó al finalizar octubre otras empresas, y su gente recorrió de nuevo los campos de Aragon y Castilla con terrible quebranto de los enemigos. Restituyóse en diciembre á Navarra, atacó á los franceses en Tievas, Monreal y Aibar: y cerrando dichosamente la cam-

paña de 1810, se dispuso dar á su nombre en las sucesivas mayor fama y realce.

Júzguese por lo que hemos referido, cuántos males no acarrearían las guerrillas al ejército enemigo. Habíalas en cada provincia, en cada comarca, en cada rincón: contaban algunas 2000 y 3000 hombres, la mayor parte 500 y aun 1000. Se agregaron las mas pequeñas á las mas numerosas ó desaparecieron, porque como eran las que por lo general vejaban los pueblos, faltábales la protección de estos, persiguiéndolas al propio tiempo los otros guerrilleros interesados en su buen nombre y á veces tambien en el aumento de su gente. No hay duda que en ocasiones se originaron daños á los naturales aun de las grandes partidas; pero los mas eran inherentes á este linage de guerra, pudiéndose resueltamente afirmar que sin aquellas hubiera corrido riesgo la causa de la independenciam. Tranquilo poseedor el enemigo de extension vasta de país, se hubiera entónces aprovechado de todos sus recursos transitando por él pacíficamente, y dueño de mayores fuerzas, ni nuestros ejércitos, por mas valientes que se mostrasen, hubieran podido resistir á la superioridad y disciplina de sus contrarios, ni los aliados se hubieran mantenido constantes en contribuir á la defensa de una nacion, cuyos habitantes doblaban mansamente la cerviz á la coyunda extranjera.

Tregua ahora á tanto combate, y lanzándonos en el campo no ménos vasto de la política, hable-

mos de lo que precedió á la reunion de córtes, las cuales en breve congregadas, haciendo bambonear el antiguo edificio social, echaron al suelo las partes ruinosas y deformes, y levantaron otro, que si no perfecto, por lo ménos se acomodaba mejor al progreso de las luces del siglo, y á los usos, costumbres y membranzas de las primitivas monarquías de España.

Remisa la regencia en convocarlas.

Desaficionada la regencia á la institucion de córtes, habia postergado el reunir las, no cumpliendo debidamente con el juramento que habia prestado al instalarse „de contribuir á la celebracion de aquel „augusto congreso en la forma establecida por la „suprema junta central, y en el tiempo designado „en el decreto de creacion de la regencia.” Cierta es que en este decreto aunque se insistia en la reunion de córtes ya convocadas para el 1.º de marzo de 1810, se añadia: „Si la defensa del reino. . . lo permitiere.” Cláusula puesta allí para el solo caso de urgencia, ó para diferir cortos dias la instalacion de las cortes; pero que abria ancho espacio á la interpretacion de los que procediesen con mala ó fria voluntad.

Clamor general por ellas.

Descuidó pues la regencia el cumplimiento de su solemne promesa, y no volvió á mentar ni aun la palabra córtes sino en algunos papeles que circuló á América, las mas veces no difundidos en la península, y cortados á traza de entretenimiento para halagar los ánimos de los habitantes de Ultramar. Conducta extraña que sobremanera enojó, pues en-

tonces ansiaban los mas la pronta reunion de córtes, considerando á estas como áncora de esperanza en tan deshecha tormenta. Creciendo los clamores públicos, se unieron á ellos los de varios diputados de algunas juntas de provincia, los cuales residian en Cádiz, y trataron de promover legalmente asunto de tanta importancia. Temerosa la regencia de la comun opinion, y sabedora de lo que intentaban los referidos diputados, resolvió ganar á todos por la mano, suscitando ella misma la cuestion de córtes, ya que contase deslumbrar así y dar largas, ó ya que obligada á conceder lo que la generalidad pedia, quisiese aparentar que solo la estimulaba propia voluntad y no ageno impulso. A este fin llamó el 14 de junio á Don Martin de Garay, y le instó á que esclareciese ciertas dudas que ocurrían en el modo de la convocacion de córtes, no hallándose nadie mas bien enterado en la materia que dicho sugeto, secretario general é individuo que habia sido de la junta central.

No por eso desistieron de su intento los diputados de las provincias, y el 17 del propio junio comisionaron á dos de ellos para poner en manos de la regencia una exposicion enderezada á recordar la prometida reunion de córtes. Cupo el desempeño de este encargo á Don Guillermo Hualde, diputado por Cuenca, y al conde de Toreno (autor de esta historia) que lo era por Leon. Presentáronse ambos, y despues de haber el último, obtenida venia, leído el papel de que eran portadores, alborotóse.

Las piden diputados de las juntas de provincia.

bastantemente el obispo de Orense, no acostumbra-
do á oír y ménos á recibir consejos. Replicaron los
comisionados, y comenzaban unos y otros á agriar-
se, cuando terciando el general Castaños, aman-
sáronse Hualde y Toreno, y templando tambien el
obispo su ira locuaz y apasionada, humanóse al ca-
bo; y así él como los demas regentes dieron á los
diputados una respuesta satisfactoria. Divulgado el
suceso, remontó el vuelo la opinion de Cádiz, ma-
yormente habiendo su junta aprobado la exposicion
hecha al gobierno, y sostenídola con otra que á su
efecto elevó á su conocimiento en el dia siguiente.

Decreto de
convocacion.
(1 Ap. n. 2.)

Amedrentada la regencia con la fermentacion
que reinaba, promulgó el mismo 18^o un decreto,
por el que mandando que se realizasen á la mayor
brevedad las elecciones de diputados que no se hu-
biesen verificado hasta aquel dia, se disponia ade-
mas que en todo el próximo agosto concurriesen los
nombrados á la Isla de Leon, en donde luego que se
hallase la mayor parte, se daria principio á las se-
siones. Aunque en su tenor parecia vago este de-
creto, no fijándose el dia de la instalacion de cór-
tes, sin embargo, la regencia soltaba prendas que
no podia recoger, y á nadie era ya dado contra-
restar el desencadenado ímpetu de la opinion.

Júbilo gene-
ral en la na-
cion.

Produjo en Cádiz y seguidamente en toda la mo-
narquía, extremo contentamiento semejante provi-
dencia, y apresuráronse á nombrar diputados las
provincias que aun no lo habian efectuado, y que
gozaban de la dicha de no estar imposibilitadas pa-

ra aquel acto por la ocupacion enemiga. En Cádiz
empezaron todos á trabajar en favor del pronto lo-
gro de tan deseado objeto.

La regencia por su parte se dedicó á resolver las
dudas que, segun arriba insinuamos, ocurrían acer-
ca del modo de constituir las córtes. Fué una de
las primeras la de si se convocaria ó no una cáma-
ra de privilegiados. En su lugar vimos como la jun-
ta central dió ántes de disolverse un decreto, lla-
mando bajo el nombre de estamento ó cámara de
dignidades á los arzobispos, obispos y grandes del
reino; pero tambien entónces vimos como nunca se
habia publicado esta determinacion. En la convo-
catoria general de 1.^o de enero ni en la instruccion
que la acompañaba no habia el gobierno supremo
ordenado cosa alguna sobre su posterior resolucio-
n: solo insinuó en una nota que igual convocatoria se
remitiria „á los representantes del brazo eclesiásti-
co y de la nobleza.” Las juntas no publicaron es-
ta circunstancia, é ignorándola los lectores, habian
recaido ya algunos de los nombramientos en gran-
des y en prelados.

Dudas de la
regencia so-
bre convocar
una segunda
cámara.

Perpleja con eso la regencia, empezó á consultar
á las corporaciones principales del reino, sobre si
convendria ó no llevar á cumplida ejecucion el de-
creto de la central acerca del estamento de privi-
legiados. Para acertar en la materia de poco servia
acudir á los hechos de nuestra historia.

Antes que se reuniesen las diversas coronas de
de España en las sienes de un mismo monarca, ha-

Castañeda
antigua.